

GUY DE MAUPASSANT

El
Horla



se

«El Horla» es como un río que sólo corre de noche, porque el hombre siempre ha identificado a la muerte y a sus miedos con la noche, es la noche la que trae, con sus sombras y el sueño, su densa zozobra, su imprecisa, pero palpable amenaza. También trae su intolerable inquietud de otra belleza, de otros mundos, de otra percepción más afinada que la nuestra.



Guy de Maupassant

El Horla

ePub r1.0
Titivillus 20.08.15

Título original: *Le Horla*
Guy de Maupassant, 1886
Traducción: Ricardo Zelarayán
Ilustraciones: William Julian-Damazzy

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Maupassant

por Griselda Gambaro

UN POCO DE HISTORIA

(Henri-René-Albert) Guy de Maupassant nació en el castillo de Miromesnil, a 8 kilómetros de Dieppe, el 5 de agosto de 1850. Su padre, Gustave de Maupassant, encantador y libertino, no estaba desprovisto de talento, pero jamás lo usó, salvo para seducir. Su madre, Laure de Maupassant, amiga de la infancia de Flaubert, era una mujer sensible y cultivada, orgullosa de la nobleza adquirida por matrimonio, ya que los Maupassant fueron comerciantes ennoblecidos por Francisco III, a principios del siglo XVIII.

Desde sus primeros años, Maupassant asiste a reyertas continuas, suscitadas por los desvíos sentimentales del padre, hasta que se produce la ruptura de la pareja cuando Guy cuenta 12 años de edad. Queda al cuidado de la madre, quien influye grandemente en el futuro escritor, como él mismo lo reconocerá más tarde. La ruptura no provoca en el joven Guy resentimientos presentes ni futuros hacia el padre; se transforma en el mentor, en el que aconseja y guía, actitud que mantiene también hacia su hermano Hervé, nacido en 1856, una criatura violenta, no demasiado inteligente, sobre quien Guy vela toda la vida, cuidados que hace extensivos a la mujer y a la hija, y prolonga cuando Hervé es internado, con signos incontrastables de desarreglo mental, en un hospital psiquiátrico donde muere en 1889, murmurando en un instante último de lucidez el nombre querido del hermano: «¡Guy, mi Guy!». Pero antes, en el momento mismo de su internación, había lanzado Hervé esta acusación escalofriante: «¡Tú eres el loco!», frase que Maupassant recuerda como una premonición inexorable cuando observa con el tiempo los primeros signos de su propia locura.

El marco familiar de Guy de Maupassant puede explicar muchos aspectos de su carácter y, por supuesto, también de su obra. Como reflexionará Maupassant, ya adulto, las reyertas feroces entre sus padres, que llegaban a la agresión física, fueron el origen de su profundo pesimismo. Más tarde, dos experiencias terminan de completar ese primer ciclo que se cierra con el inicio de la juventud, ambas lo marcan de manera fundamental: su encuentro con el poeta A.-C. Swinburne y su amigo Powell, y el tiempo pasado en el instituto eclesiástico de Ivetot.

Durante sus vacaciones en Etretat, Maupassant, que cuenta 14 años, se arroja al agua una mañana para salvar a un borracho: Swinburne. Como consecuencia, es

invitado a la extraña casa que Swinburne, flaco y agitado por un temblor continuo, comparte con su obeso amigo Powell y un gran mono, cuyo olor fétido envenena el aire. Casa macabra y morbosa, llamada sugestivamente «Dolmancé», como el personaje de Sade, sobre la que corren siniestros rumores de prácticas con niños y animales. Los dos amigos instruyen al joven Maupassant, le muestran libros con ilustraciones de una compleja obscenidad, le sirven licores fuertes en su primera visita y, en la segunda, un filtro que lo atonta. Maupassant tiene el tino de no regresar a esa casa, pero dos lecciones, dado el poder y la entrega de los maestros, serán suficientes. Maupassant guardará toda su vida el recuerdo de las imágenes y de los preceptos, y adecuará la enseñanza a sus propios apetitos. Conservará incluso un recuerdo material obtenido en una de sus visitas: una mano momificada, carroña que observará constantemente, que será objeto de sus reflexiones y que le servirá de tema para dos cuentos: «La mano» y «La mano disecada».

Los cuatro años en el instituto eclesiástico de Ivetot, si bien le proporcionan una sólida educación, alteran su carácter; el encierro, la mala alimentación, la suciedad personal, la hipocresía imperante, lo llevan a tales estados depresivos que su madre decide finalmente, cuando Guy tiene 17 años, arrancarlo del instituto clerical y anotarlo como interno en el Liceo de Rouen, donde entra en estrecho contacto, los días de salida, con Louis Bouilhet (1822-1869). Bouilhet, amigo de Flaubert, goza de discreta fama como dramaturgo y poeta. Él conoce los primeros trabajos de poesía de Maupassant, y le otorga una ayuda inteligente que alterna el conocimiento y la exigencia con el más franco estímulo.

Recibido de bachiller en letras, Maupassant se traslada a París, donde piensa obtener la licenciatura en derecho. Allí lo sorprende la guerra de 1870, que él hace en los servicios de intendencia. No obstante, la padece y observa agudamente sus desastres como para adquirir desde entonces una repulsión infinita por la guerra y los guerreros, y por todo tipo de nacionalismo.

Su inclinación por la literatura es firme, y sabiendo que ser escritor significa tener un segundo oficio para subsistir, comienza a trabajar en el Ministerio de Marina, donde permanece desde 1872 hasta 1878, y luego en el Ministerio de Instrucción Pública, entre 1878 y 1880. Del vía crucis de tan larga burocracia, Maupassant ha dejado amplia información en su Diario. Trabajos maquinales, rutina, aburrimiento mortal, mezquindades. Para huir del tedio y para satisfacer una sexualidad particular, cuyo signo es la avidez inagotable, Maupassant, gran amigo del agua, de la navegación a vela, del remo, se relaciona con el mundo de las orillas del Sena, principalmente con sus mujeres, «queridas de una tripulación y no de un solo amante», aunque no ignora que su frecuentación lo expone a riesgos seguros de enfermedad, asiste y participa activamente de las rústicas orgías, organiza una sociedad secreta, la de los «Crépitiens», donde se encuentra a sus anchas porque practican, él y sus compañeros, el humor brutal, las competencias fálicas, los excesos sexuales y el sacrilegio. Pero su frecuentación del mundo de las mujeres del Sena le

proporcionará material para su escritura, todo lo que vive, lo que le cuentan, lo que observa, lo guardará en su prodigiosa memoria.

A pesar del trabajo burocrático y de sus excesos, Maupassant lleva a cabo un concienzudo aprendizaje. Para esto, tiene al mejor maestro: Flaubert. Impensable es Maupassant sin Flaubert. Flaubert, que como buen misántropo se revela capaz de las muestras de generosidad y amistad más absolutas, es el soporte que permite a Maupassant lanzarse fructíficamente a la aventura de escribir. De la sabiduría de los consejos de Flaubert, de su exigencia de rigor, de su sagacidad en no imponer a Maupassant su propia visión sino en descubrirle la que le pertenece, Maupassant extrae el mejor provecho. Flaubert lo llama cariñosamente y en broma «mi discípulo» y le repite la frase de Buffon: «El talento no es más que una larga paciencia». Con el tiempo, Maupassant paga la inmensa deuda que tiene con Flaubert, como se paga siempre cuando el alumno es a su vez un maestro.

En esos años, entre 1870 y 1880, Maupassant se relaciona con el mundo literario de su época (Zola, Daudet, Jean Lorrain, Edmond de Goncourt) y publica sus primeros relatos, a veces con su nombre, a veces bajo el seudónimo de Maufrigneuse o Guy de Valmont. No forma familia, aunque de hecho la tiene, tres hijos con una humilde empleada, cuya educación y subsistencia atiende, pero que jamás reconoce social ni legalmente.

En junio de 1880, Maupassant, que ya había alcanzado notoriedad con la publicación de «Bola de Sebo», renuncia al Ministerio y se traslada a su finca de Etretat, donde pasa largas temporadas. «La vida, tan corta, tan larga, se vuelve a veces insoportable», entonces viaja: al África, a Inglaterra, a las costas de Italia. Pero en esas temporadas junto al mar, en Etretat, intenta ordenar y pacificar esa vida insoportable. Se levanta temprano, almuerza frugalmente, pasea por los bosques, juega a las bochas y al criquet. Y escribe, sin desayunar siquiera para no entorpecer su lucidez, y termina sus dos últimas novelas: «Fort comme la mort» (1889) y «Notre coeur» (1890). Escribe mientras afronta sus enfermedades imaginarias que corren parejas con sus enfermedades reales, como las terribles jaquecas, y se habitúa al uso del éter, del opio y del haschich. Su hipocondría aumenta y las señales de un desequilibrio que jamás afectó su memoria ni su obra, se repiten como s.o.s. de su propia, amenazada cordura.

En diciembre de 1891, como una premonición, redacta su testamento. Entre destellos de lucidez, donde analiza su estado, fabula penosamente, lo rodean miedos, alucinaciones. Se precipita en la locura. Lo sexual persiste bajo formas solitarias, ingenuas o amenazadoras. El 1º de enero de 1892 intenta suicidarse y el 7 es internado en un sanatorio de Passy, donde muere el 6 de julio del año siguiente. En su entierro, los escritores y compañeros de Maupassant, para distraerse del tedio angustioso, intercambian chistes y anécdotas fúnebres de subida obscenidad, según cuentan los Goncourt en su Diario. Como dice Albert-Marie Schmidt en su excelente «Maupassant par lui-même», «a Maupassant, gran amante del humor negro, no le

hubiera fastidiado y hasta lo hubiera agradecido, quizá, como una ofrenda conforme a su genio».

EL HORLA, UN RÍO QUE SOLO CORRE DE NOCHE...

Maupassant, a quienes muchos juzgan el continuador de Flaubert, sabía que hay tantas realidades como seres existen sobre la tierra. Y en el prólogo de «Pierre et Jean», afirmaba que «los grandes artistas son aquellos que imponen a la humanidad su ilusión particular». De este modo hay que entender a este maestro del realismo y del naturalismo, que desdeñaba eso que se llama la objetividad.

«El realista, si es un artista, tratará de no mostrarnos la fotografía trivial de la vida: buscará darnos de ella la visión más completa, más intensa, más patente que la realidad misma». Flaubert le había enseñado el uso de la palabra justa porque, como le aconsejaba, se debía decir en una sola palabra «en qué un caballo de fiacre no se parece a los otros cincuenta que lo preceden y lo siguen», es decir, que intentara desentrañar por la palabra, que implica siempre una elección personal, una de las esencias de la realidad: la particularidad.

De esta mezcla de realidad objetiva y profundamente subjetiva de la que están hechos los grandes artistas, Maupassant extrae las características de su estilo. La subjetividad de Maupassant no es rienda suelta para expresar sus sentimientos y sus ideas personales, es sólo la reserva útil de su experiencia. No «usa» sus personajes: éstos son libres, aunque esclavos de las costumbres y prejuicios de su tiempo. Pero como todo gran creador que cuenta una historia para contar otra, trasciende la anécdota, trasciende sus temas sobre la ambición de las «pequeñas gentes», la culpa, el adulterio, el honor de los hombres y las mujeres, la guerra, para ofrecernos una visión vigente sobre la naturaleza humana, para mostrarnos aún hoy cómo somos. Y entonces, la anécdota pasa a segundo lugar y lo que habla es la pequeñez o la grandeza del hombre, sus resentimientos, su capacidad de devoción o de miseria, sus pasiones, a veces cómicas, a veces devastadoras y sangrientas, sus miedos a lo que él llama «lo horrible» y que es también el miedo a la locura y a la muerte.

En ese período que va de «Bola de Sebo» a «El Horla», de «Mademoiselle Fifi» a los «Cuentos del día y de la noche», con un lenguaje extremadamente preciso, de frases netas y sobrias, Maupassant ajusta su escritura con una tensión sabia que jamás decae. Cuentista por encima de todo, porque ningún género como el cuento, y también la «nouvelle», han revelado las excelencias de su estilo, el dominio del «tempo» del relato.

De «El Horla», Maupassant había escrito una primera versión, que se incluye como apéndice en esta edición. Versión no exenta de logros, pero que se resiente por una estructura más convencional: el director de una casa de salud convoca a siete científicos para someterles el caso de un enfermo, que les narrará su historia. Con cierta torpeza, Maupassant retiene el relato por situaciones que rozan lo descriptivo, por la distancia que toma el personaje central con sus propias experiencias, por una necesidad de explicación. Más tarde, como hizo con muchos de sus cuentos, Maupassant retomó el tema y encontró la forma justa.

En «El Horla» están todas sus obsesiones, salvo la sexual. Pero hay que conocer la vida de Maupassant para saberlo. Mientras fue capaz de escribir, las dominó, no pesan sobre su obra. «El Horla», ese diario escueto de alguien que se siente rodeado por una presencia puramente fantástica que termina por ser más concreta y poderosa que lo real, es un trabajo sin fisuras. Aun la forma elegida, de Diario, no es sólo una manera más acertada de acercarse al tema o un artificio producto del oficio, esas fechas que encabezan las distintas partes del relato dejan de ser simple cronología, esos lapsos que se omiten entre situación y situación son tan significativos en la vida del protagonista como los días narrados, como si hubiera una doble escritura «textual» y las dos, la tácita y la expresa, alcanzan la misma sugerencia, poseen la misma fuerza. Hermosísima, por esa mezcla de ambigüedad y detalle, es la presencia de ese personaje que no se sabe cómo es, salvo que se alimenta de leche y agua, que recoge una flor, que lee, que estrangula... Ese ser sin nombre, cuyo origen se ignora, y que cuando él mismo se nombra es por un sonido (El Horla) que no puede asociarse con otro, familiar o conocido, nombra lo misterioso y lo inexpresable, y al determinarlo concreta una amenaza sin salvación. Ese nombre inédito pertenece a un «ser nuevo» que dominará al hombre, «lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad».

Relato de estructura lineal, pero de complejidad riquísima dentro de esa estructura, pleno de situaciones sobrecogedoras que no desmembran el relato sino que acentúan su horror, como la actitud del protagonista de incendiar la casa con el propósito de destruir El Horla y olvidarse de los criados que duermen. «¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban...!».

Pero este fragmento, sabiamente preparado por la esperanza de la salvación, por una escritura tranquilizada que se va agitando hasta terminar en ese grito de angustia, tiene tal intensidad que deja una huella imborrable.

Si «El Horla» alcanza esta dimensión de obra maestra es por esa mezcla de objetividad y subjetividad controlada, repito, porque Maupassant no olvida nunca que es, no sólo el que cuenta, sino el que observa, el que «se» observa, y porque es un gran artista, no confiesa: envuelve al lector en una obsesión objetiva que todos pueden compartir: el relato.

«El Horla» es como un río que sólo corre de noche, porque el hombre siempre ha

identificado a la muerte y a sus miedos con la noche, es la noche la que trae, con sus sombras y el sueño, su densa zozobra, su imprecisa, pero palpable amenaza. También trae su intolerable inquietud de otra belleza, de otros mundos, de otra percepción más afinada que la nuestra. No hay salvación para el gran miedo de Maupassant a la locura y a la muerte, pero el relato en su acontecer lo desmiente, pide al lector que enfrente sus fantasmas y si el protagonista de «El Horla» considera el suicidio como su única salida, la escritura propone otra salvación, porque toda escritura supone la lectura «de otro», y quizá compartir, a través del arte, la más oscura de las pesadillas, sea una manera de exorcizarla. El hombre pierde siempre porque está destinado a morir, pero no obstante, a través del arte, gana y perdura.

GRISELDA GAMBARO

El Horla



.....

8 de mayo

¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo.

Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre.

A lo lejos y a la izquierda, está Ruán, la vasta ciudad de techos azules, con sus numerosas y agudas torres góticas, delicadas o macizas, dominadas por la flecha de hierro de su catedral, y pobladas de campanas que tañen en el aire azul de las mañanas hermosas enviándome su suave y lejano murmullo de hierro, su canto de bronce que me llega con mayor o menor intensidad según que la brisa aumente o disminuya.

¡Qué hermosa mañana!

A eso de las once pasó frente a mi ventana un largo convoy de navíos arrastrados por un remolcador grande como una mosca, que jadeaba de fatiga lanzando por su chimenea un humo espeso.

Después, pasaron dos goletas inglesas, cuyas rojas banderas flameaban sobre el fondo del cielo, y un soberbio bergantín brasileño, blanco y admirablemente limpio y reluciente. Saludé su paso sin saber por qué, pues sentí placer al contemplarlo.

11 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste.

¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que trasforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y

nuestro corazón.

¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua... con nuestros oídos que nos engañan, trasformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que trasforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino.

¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo

Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo

Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.



25 de mayo

¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las

palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora nunca sentía temor por nada... abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila.

Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.



Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me

asfixia, ¡pero no puedo!

Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo.

Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

2 de junio

Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro y las duchas no me producen ningún efecto. Para fatigarme más, a pesar de que ya me sentía cansado, fui a dar un paseo por el bosque de Roumare. En un principio, me pareció que el aire suave, ligero y fresco, lleno de aromas de hierbas y hojas vertía una sangre nueva en mis venas y nuevas energías en mi corazón. Caminé por una gran avenida de caza y después por una estrecha alameda, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que formaban un techo verde y espeso, casi negro, entre el cielo y yo.

De pronto sentí un estremecimiento, no de frío sino un extraño temblor angustioso. Apresuré el paso, inquieto por hallarme solo en ese bosque, atemorizado sin razón por el profundo silencio. De improviso, me pareció que me seguían, que alguien marchaba detrás de mí, muy cerca, muy cerca, casi pisándome los talones.

Me volví hacia atrás con brusquedad. Estaba solo. Únicamente vi detrás de mí el resto y amplio sendero, vacío, alto, pavorosamente vacío; y del otro lado se extendía también hasta perderse de vista de modo igualmente solitario y atemorizante.

Cerré los ojos, ¿por qué? Y me puse a girar sobre un pie como un trompo. Estuve a punto de caer; abrí los ojos: los árboles bailaban, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Después ya no supe por dónde había llegado hasta allí. ¡Qué extraño! Ya no recordaba nada. Tomé hacia la derecha, y llegué a la avenida que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio

He pasado una noche horrible. Voy a irme de aquí por algunas semanas. Un viaje breve sin duda me tranquilizará.

2 de julio

Regreso restablecido. El viaje ha sido delicioso. Visité el monte Saint-Michel que no conocía.

¡Qué hermosa visión se tiene al llegar a Avranches, como llegué yo al caer la tarde! La ciudad se halla sobre una colina. Cuando me llevaron al jardín botánico, situado en un extremo de la población, no pude evitar un grito de admiración. Una extensa bahía se extendía ante mis ojos hasta el horizonte, entre dos costas lejanas que se esfumaban en medio de la bruma, y en el centro de esa inmensa bahía, bajo un dorado cielo despejado, se elevaba un monte extraño, sombrío y puntiagudo en las arenas de la playa. El sol acababa de ocultarse, y en el horizonte aún rojizo se recortaba el perfil de ese fantástico acantilado que lleva en su cima un fantástico

monumento.



Al amanecer me dirigí hacia allí. El mar estaba bajo como la tarde anterior y a medida que me acercaba veía elevarse gradualmente a la sorprendente abadía. Luego

de varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedra en cuya cima se halla la pequeña población dominada por la gran iglesia. Después de subir por la calle estrecha y empinada, penetré en la más admirable morada gótica construida por Dios en la tierra, vasta como una ciudad, con numerosos recintos de techo bajo, como aplastados por bóvedas y galerías superiores sostenidas por frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos torreones, a los cuales se sube por intrincadas escaleras, que destacan en el cielo azul del día y negro de la noche sus extrañas cúpulas erizadas de quimeras, diablos, animales fantásticos y flores monstruosas, unidas entre sí por finos arcos labrados.

Cuando llegué a la cumbre, dije al monje que me acompañaba:

—¡Qué bien se debe estar aquí, padre!

—Es un lugar muy ventoso, señor —me respondió. Y nos pusimos a conversar mientras mirábamos subir el mar, que avanzaba sobre la playa y parecía cubrirla con una coraza de acero.



El monje me refirió historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, muchas leyendas.

Una de ellas me impresionó mucho. Los nacidos en el monte aseguran que de noche se oyen voces en la playa y después se perciben los balidos de dos cabras, una de voz fuerte y la otra de voz débil. Los incrédulos afirman que son los graznidos de

las aves marinas que se asemejan a balidos o a quejas humanas, pero los pescadores rezagados juran haber encontrado merodeando por las dunas, entre dos mareas y alrededor de la pequeña población tan alejada del mundo, a un viejo pastor cuya cabeza nunca pudieron ver por llevarla cubierta con su capa, y delante de él marchan un macho cabrío con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer; ambos tienen largos cabellos blancos y hablan sin cesar: discuten en una lengua desconocida, interrumpiéndose de pronto para balar con todas sus fuerzas.

—¿Cree usted en eso? —pregunté al monje.

—No sé —me contestó.

Yo proseguí:

—Si existieran en la tierra otros seres diferentes de nosotros, los conoceríamos desde hace mucho tiempo; ¿cómo es posible que no los hayamos visto usted ni yo?

—¿Acaso vemos —me respondió— la cienmilésima parte de lo que existe? Observe por ejemplo el viento, que es la fuerza más poderosa de la naturaleza; el viento, que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y que arroja contra ellos a las grandes naves, el viento que mata, silba, gime y ruge, ¿acaso lo ha visto alguna vez? ¿Acaso lo puede ver? Y sin embargo existe.

Ante este sencillo razonamiento opté por callarme. Este hombre podía ser un sabio o tal vez un tonto. No podía afirmarlo con certeza, pero me llamé a silencio. Con mucha frecuencia había pensado en lo que me dijo.

3 de julio

Dormí mal; evidentemente, hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Ayer, al regresar, observé su extraña palidez. Le pregunté:

—¿Qué tiene, Jean?

—Ya no puedo descansar; mis noches desgastan mis días. Desde la partida del señor parece que padezco una especie de hechizo.

Los demás criados están bien, pero temo que me vuelvan las crisis.

4 de julio

Decididamente, las crisis vuelven a empezar. Vuelvo a tener las mismas pesadillas. Anoche sentí que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca sobre la mía, bebía mi vida. Sí, la bebía con la misma avidez que una sanguijuela. Luego se incorporó saciado, y yo me desperté tan extenuado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si eso se prolonga durante algunos días volveré a ausentarme.

5 de julio

¿He perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que cuando pienso en ello pierdo la cabeza!

Había cerrado la puerta con llave, como todas las noches, y luego sentí sed, bebí medio vaso de agua y observé distraídamente que la botella estaba llena.

Me acosté en seguida y caí en uno de mis espantosos sueños del cual pude salir cerca de dos horas después con una sacudida más horrible aún. Imagínense ustedes un hombre que es asesinado mientras duerme, que despierta con un cuchillo clavado en el pecho, jadeante y cubierto de sangre, que no puede respirar y que muere sin comprender lo que ha sucedido.

Después de recobrar la razón, sentí nuevamente sed; encendí una bujía y me dirigí hacia la mesa donde había dejado la botella. La levanté inclinándola sobre el vaso, pero no había una gota de agua. Estaba vacía, ¡completamente vacía! Al principio no comprendí nada, pero de pronto sentí una emoción tan atroz que tuve que sentarme o, mejor dicho, me desplomé sobre una silla. Luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor. Después volví a sentarme delante del cristal transparente, lleno de asombro y terror. Lo observaba con la mirada fija, tratando de imaginarme lo que había pasado. Mis manos temblaban. ¿Quién se había bebido el agua? Yo, yo sin duda. ¿Quién podía haber sido sino yo? Entonces... yo era sonámbulo, y vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace pensar que hay en nosotros dos seres, o que a veces un ser extraño, desconocido e invisible ánima, mientras dormimos, nuestro cuerpo cautivo que le obedece como a nosotros y más que a nosotros.

¡Ah! ¿Quién podrá comprender mi abominable angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de un hombre mentalmente sano, perfectamente despierto y en uso de razón al contemplar espantado una botella que se ha vaciado mientras dormía? Y así permanecí hasta el amanecer sin atreverme a volver a la cama.



6 de julio

Pierdo la razón. ¡Anoche también bebieron el agua de la botella, o tal vez la bebí yo!

10 de julio

Acabo de hacer sorprendentes comprobaciones. ¡Decididamente estoy loco! Y sin embargo...

El 6 de julio, antes de acostarme puse sobre la mesa vino, leche, agua, pan y fresas. Han bebido —o he bebido— toda el agua y un poco de leche. No han tocado el vino, ni el pan ni las fresas.

El 7 de julio he repetido la prueba con idénticos resultados.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche, y no han tocado nada.

Por último, el 9 de julio puse sobre la mesa solamente el agua y la leche, teniendo especial cuidado de envolver las botellas con lienzos de muselina blanca y de atar los tapones. Luego me froté con grafito los labios, la barba y las manos y me acosté.

Un sueño irresistible se apoderó de mí, seguido poco después por el atroz despertar. No me había movido; ni siquiera mis sábanas estaban manchadas. Corrí hacia la mesa. Los lienzos que envolvían las botellas seguían limpios e inmaculados. Desaté los tapones, palpitante de emoción. ¡Se habían bebido toda el agua y toda la leche! ¡Ah! ¡Dios mío!...

Partiré inmediatamente hacia París.

12 de julio

París. Estos últimos días había perdido la cabeza. Tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación, salvo que yo sea realmente sonámbulo o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora inexplicables, que se llaman sugerencias. De todos modos, mi extravío rayaba en la demencia, y han bastado veinticuatro horas en París para recobrar la cordura.

Ayer, después de paseos y visitas, que me han renovado y vivificado el alma, terminé el día en el Théâtre-Français. Representábase una pieza de Alejandro Dumas hijo. Este autor vivaz y pujante ha terminado de curarme. Es evidente que la soledad resulta peligrosa para las mentes que piensan demasiado. Necesitamos ver a nuestro alrededor a hombres que piensen y hablen. Cuando permanecemos solos durante mucho tiempo, poblamos de fantasmas el vacío.

Regresé muy contento al hotel, caminando por el centro. Al codearme con la multitud, pensé, no sin ironía, en mis terrores y suposiciones de la semana pasada, pues creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un hecho incomprensible.

En lugar de concluir con estas simples palabras: «Yo no comprendo porque no puedo explicarme las causas», nos imaginamos en seguida impresionantes misterios y poderes sobrenaturales.

14 de julio

Fiesta de la República. He paseado por las calles. Los cohetes y banderas me divertieron como a un niño. Sin embargo, me parece una tontería ponerse contento un día determinado por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño de imbéciles, a

veces tonto y paciente, y otras, feroz y rebelde. Se le dice: «Diviértete». Y se divierte. Se le dice: «Ve a combatir con tu vecino». Y va a combatir. Se le dice: «Vota por el emperador». Y vota por el emperador. Después: «Vota por la República». Y vota por la República.

Los que lo dirigen son igualmente tontos, pero en lugar de obedecer a hombres se atienen a principios, que por lo mismo que son principios sólo pueden ser necios, estériles y falsos, es decir, ideas consideradas ciertas e inmutables, tan luego en este mundo donde nada es seguro y donde la luz y el sonido son ilusorios.

16 de julio

Ayer he visto cosas que me preocuparon mucho. Cené en casa de mi prima, la señora Sablé, casada con el jefe del regimiento 76 de cazadores de Limoges. Conocí allí a dos señoras jóvenes, casada una de ellas con el doctor Parent que se dedica intensamente al estudio de las enfermedades nerviosas y de los fenómenos extraordinarios que hoy dan origen a las experiencias sobre hipnotismo y sugestión.

Nos refirió detalladamente los prodigiosos resultados obtenidos por los sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy. Los hechos que expuso me parecieron tan extraños que manifesté mi incredulidad.

—Estamos a punto de descubrir uno de los más importantes secretos de la naturaleza —decía el doctor Parent—, es decir, uno de sus más importantes secretos aquí en la tierra, puesto que hay evidentemente otros secretos importantes en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que aprendió a expresar y a escribir su pensamiento, se siente tocado por un misterio impenetrable para sus sentidos groseros e imperfectos, y trata de suplir la impotencia de dichos sentidos mediante el esfuerzo de su inteligencia. Cuando la inteligencia permanecía aún en un estado rudimentario, la obsesión de los fenómenos invisibles adquiría formas comúnmente terroríficas. De ahí las creencias populares en lo sobrenatural, las leyendas de las almas en pena, las hadas, los gnomos y los aparecidos; me atrevería a mencionar incluso la leyenda de Dios, pues nuestras concepciones del artífice creador de cualquier religión son las invenciones más mediocres, estúpidas e inaceptables que pueden salir de la mente atemorizada de los hombres. Nada es más cierto que este pensamiento de Voltaire: «Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza pero el hombre también ha procedido así con él.

»Pero desde hace algo más de un siglo, parece percibirse algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos señalan un nuevo camino y, efectivamente, sobre todo desde hace cuatro o cinco años, se han obtenido sorprendentes resultados».

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo:

—¿Quiere que la hipnotice, señora?

—Sí; me parece bien.

Ella se sentó en un sillón y él comenzó a mirarla fijamente. De improviso, me dominó la turbación, mi corazón latía con fuerza y sentía una opresión en la garganta.

Veía cerrarse pesadamente los ojos de la señora Sablé, y su boca se crispaba y parecía jadear.

Al cabo de diez minutos dormía.

—Póngase detrás de ella —me dijo el médico.

Obedecí su indicación, y él colocó en las manos de mi prima una tarjeta de visita al tiempo que le decía: «Esto es un espejo; ¿qué ve en él?».

—Veo a mi primo —respondió.

—¿Qué hace?

—Se atusa el bigote.

—¿Y ahora?

—Saca una fotografía del bolsillo.

—¿Quién aparece en la fotografía?

—Él, mi primo.

¡Era cierto! Esa misma tarde me habían entregado esa fotografía en el hotel.

—¿Cómo aparece en ese retrato?

—Se halla de pie, con el sombrero en la mano.

Evidentemente, veía en esa tarjeta de cartulina lo que hubiera visto en un espejo.

Las damas decían espantadas: «¡Basta! ¡Basta, por favor!».

Pero el médico ordenó: «Usted se levantará mañana a las ocho; luego irá a ver a su primo al hotel donde se aloja, y le pedirá que le preste los cinco mil francos que le pide su esposo y que le reclamará cuando regrese de su próximo viaje». Luego la despertó.

Mientras regresaba al hotel pensé en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la insospechable, la total buena fe de mi prima a quien conocía desde la infancia como a una hermana, sino sobre la seriedad del médico. ¿No escondería en su mano un espejo que mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que la tarjeta?

Los prestidigitadores profesionales hacen cosas semejantes.

No bien regresé me acosté.

Pero a las ocho y media de la mañana me despertó mi mucamo y me dijo:

—La señora Sablé quiere hablar inmediatamente con el señor.

Me vestí de prisa y la hice pasar.

Sentóse muy turbada y me dijo sin levantar la mirada ni quitarse el velo:

—Querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata, prima?

—Me cuesta mucho decirlo, pero no tengo más remedio. Necesito urgentemente cinco mil francos.

—Pero cómo, ¿tan luego usted?

—Sí, yo, o mejor dicho mi esposo, que me ha encargado conseguirlos.

Me quedé tan asombrado que apenas podía balbucear mis respuestas. Pensaba que ella y el doctor Parent se estaba burlando de mí, y que eso podía ser una mera farsa preparada de antemano y representada a la perfección.

Pero todas mis dudas se disiparon cuando la observé con atención. Temblaba de angustia. Evidentemente esta gestión le resultaba muy penosa y advertí que apenas podía reprimir el llanto.

Sabía que era muy rica y le dije:

—¿Cómo es posible que su esposo no disponga de cinco mil francos? — Reflexioné—. ¿Está segura de que le ha encargado pedírmelos a mí?

Vaciló durante algunos segundos como si le costara mucho recordar, y luego respondió:

—Sí... sí... estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Vaciló otra vez y volvió a pensar. Advertí el penoso esfuerzo de su mente. No sabía. Sólo recordaba que debía pedirme ese préstamo para su esposo. Por consiguiente, se decidió a mentir.

—Sí, me escribió.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo nada.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Puede enseñármela?

—No, no... contenía cosas íntimas... demasiado personales... y la he... la he quemado.

—Así que su marido tiene deudas.

Vaciló una vez más y luego murmuró:

—No lo sé.



Bruscamente le dije:

—Pero en este momento, querida prima, no dispongo de cinco mil francos.

Dio una especie de grito de desesperación:

—¡Ay! ¡Por favor! ¡Se lo ruego! Trate de conseguirlos...

Exaltada, unía sus manos como si se tratara de un ruego. Su voz cambió de tono; lloraba murmurando cosas ininteligibles, molesta y dominada por la orden irresistible que había recibido.

—¡Ay! Le suplico... si supiera cómo sufro... los necesito para hoy.

Sentí piedad por ella.

—Los tendrá de cualquier manera. Se lo prometo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! ¡Qué bondadoso es usted!

—¿Recuerda lo que pasó anoche en su casa? —le pregunté entonces.

—Sí.

—¿Recuerda que el doctor Parent la hipnotizó?

—Sí.

—Pues bien, fue él quien le ordenó venir esta mañana a pedirme cinco mil francos, y en este momento usted obedece a su sugestión.

Reflexionó durante algunos instantes y luego respondió:

—Pero es mi esposo quien me los pide.

Durante una hora traté infructuosamente de convencerla.

Cuando se fue, corrí a casa del doctor Parent. Me dijo:

—¿Se ha convencido ahora?

—Sí, no hay más remedio que creer.

—Vamos a ver a su prima.

Cuando llegamos dormitaba en un sofá, rendida por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró durante algún tiempo con una mano extendida hacia sus ojos que la joven cerró debido al influjo irresistible del poder magnético.

Cuando se durmió, el doctor Parent le dijo:

—¡Su esposo no necesita los cinco mil francos! Por lo tanto, usted debe olvidar que ha rogado a su primo para que se los preste, y si le habla de eso, usted no comprenderá.

Luego le despertó. Entonces saqué mi billetera.

—Aquí tiene, querida prima. Lo que me pidió esta mañana.

Se mostró tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté, sin embargo, de refrescar su memoria, pero negó todo enfáticamente, creyendo que me burlaba, y poco faltó para que se enojase.

.....

Acabo de regresar. La experiencia me ha impresionado tanto que no he podido almorzar.

19 de julio

Muchas personas a quienes he referido esta aventura se han reído de mí. Ya no sé qué

pensar. El sabio dijo: «Quizá».

21 de julio

Cené en Bougival y después estuve en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio. Creer en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo del desatino... pero ¿no es así en la cima del monte Saint-Michel, y en la India? Sufrimos la influencia de lo que nos rodea. Regresaré a casa la semana próxima.

30 de julio

Ayer he regresado a casa. Todo está bien.

2 de agosto

No hay novedades. Hace un tiempo espléndido. Paso los días mirando correr el Sena.

4 de agosto

Hay problemas entre mis criados. Aseguran que alguien rompe los vasos en los armarios por la noche. El mucamo acusa a la cocinera y ésta a la lavandera quien a su vez acusa a los dos primeros. ¿Quién es el culpable? El tiempo lo dirá.

6 de agosto

Esta vez no estoy loco. Lo he visto... ¡lo he visto! Ya no tengo la menor duda... ¡lo he visto! Aún siento frío hasta en las uñas... el miedo me penetra hasta la médula... ¡Lo he visto!...

A las dos de la tarde me paseaba a pleno sol por mi rosedal; caminaba por el sendero de rosales de otoño que comienzan a florecer.

Me detuve a observar un hermoso ejemplar de *géant des batailles*, que tenía tres flores magníficas, y vi entonces con toda claridad cerca de mí que el tallo de una de las rosas se doblaba como movido por una mano invisible: ¡luego, vi que se quebraba como si la misma mano lo cortase! Luego la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca y permaneció suspendida en el aire transparente, muy sola e inmóvil, como una pavorosa mancha a tres pasos de mí.

Azorado, me arrojé sobre ella para tomarla. Pero no pude hacerlo: había desaparecido. Sentí entonces rabia contra mí mismo, pues no es posible que una persona razonable tenga semejantes alucinaciones.

Pero ¿tratábase realmente de una alucinación? Volví hacia el rosal para buscar el tallo cortado e inmediatamente lo encontré, recién cortado, entre las dos rosas que permanecían en la rama. Regresé entonces a casa con la mente alterada; en efecto, ahora estoy convencido, seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de lugar; dotado, por consiguiente, de un cuerpo material aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa

como yo...



7 de agosto

Dormí tranquilamente. Se ha bebido el agua de la botella pero no perturbó mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Cuando a veces me paseo a pleno sol, a lo largo de la

costa, he dudado de mi razón; no son ya dudas inciertas como las que he tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos. He conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos y sagaces en todas las cosas de la vida menos en un punto. Hablaban de todo con claridad, facilidad y profundidad, pero de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de la locura y se hacía pedazos, volaba en fragmentos y se hundía en ese océano siniestro y furioso, lleno de olas fragorosas, brumosas y borrascosas que se llama «demencia».

Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo sólo sería un alucinado que razona. Se habría producido en mi mente uno de esos trastornos que hoy tratan de estudiar y precisar los fisiólogos modernos, y dicho trastorno habría provocado en mí una profunda ruptura en lo referente al orden y a la lógica de las ideas. Fenómenos semejantes se producen en el sueño, que nos muestra las fantasmagorías más inverosímiles sin que ello nos sorprenda, porque mientras duerme el aparato verificador, el sentido del control, la facultad imaginativa vigila y trabaja. ¿Acaso ha dejado de funcionar en mí una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral? Hay hombres que a raíz de accidentes pierden la memoria de los nombres propios, de las cifras o solamente de las fechas. Hoy se ha comprobado la localización de todas las partes del pensamiento. No puede sorprender entonces que en este momento se haya disminuido mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones.

Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad constituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos.

Sin embargo, paulatinamente me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiéndome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás. Sentí ese doloroso deseo de volver que nos oprime cuando hemos dejado en nuestra casa a un enfermo querido y presentimos una agravación del mal.

Regresé entonces, a pesar mío, convencido de que encontraría en casa una mala noticia, una carta o un telegrama. Nada de eso había, y me quedé más sorprendido e inquieto aún que si hubiese tenido una nueva visión fantástica.

8 de agosto

Pasé una noche horrible. Él no ha aparecido más, pero lo siento cerca de mí. Me espía, me mira, se introduce en mí y me domina. Así me resulta más temible, pues al ocultarse de este modo parece manifestar su presencia invisible y constante mediante fenómenos sobrenaturales.

Sin embargo he podido dormir.

9 de agosto

Nada ha sucedido, pero tengo miedo.

10 de agosto

Nada: ¿qué sucederá mañana?

11 de agosto

Nada, siempre nada; no puedo quedarme aquí con este miedo y estos pensamientos que dominan mi mente; me voy.

12 de agosto, 10 de la noche

Durante todo el día he tratado de partir, pero no he podido. He intentado realizar ese acto tan fácil y sencillo —salir, subir en mi coche para dirigirme a Ruán— y no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto

Cuando nos atacan ciertas enfermedades nuestros mecanismos físicos parecen fallar. Sentimos que nos faltan las energías y que todos nuestros músculos se relajan; los huesos parecen tan blandos como la carne y la carne tan líquida como el agua. Todo eso repercute en mi espíritu de manera extraña y desoladora. Carezco de fuerzas y de valor; no puedo dominarme y ni siquiera puedo hacer intervenir mi voluntad. Ya no tengo iniciativa; pero alguien lo hace por mí, y yo obedezco.

14 de agosto

¡Estoy perdido! ¡Alguien domina mi alma y la dirige! Alguien ordena todos mis actos, mis movimientos y mis pensamientos. Ya no soy nada en mí; no soy más que un espectador prisionero y aterrorizado por todas las cosas que realizo. Quiero salir y no puedo. Él no quiere y tengo que quedarme, azorado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a sentarme. Sólo deseo levantarme, incorporarme para sentirme todavía dueño de mí. ¡Pero no puedo! Estoy clavado en mi asiento, y mi sillón se adhiere al suelo de tal modo que no habría fuerza capaz de movernos.

De pronto, siento la irresistible necesidad de ir al huerto a cortar fresas y comerlas. Y voy. Corto fresas y las como. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror!

15 de agosto

Evidentemente, así estaba poseída y dominada mi prima cuando fue a pedirme cinco mil francos. Obedecía a un poder extraño que había penetrado en ella como otra alma, como un alma parásita y dominadora. ¿Es acaso el fin del mundo? Pero ¿quién es el ser invisible que me domina? ¿Quién es ese desconocido, ese merodeador de una raza sobrenatural?

Por consiguiente, ¡los invisibles existen! ¿Pero cómo es posible que aún no se

hayan manifestado desde el origen del mundo en una forma tan evidente como se manifiestan en mí? Nunca leí nada que se asemejara a lo que ha sucedido en mi casa. Si pudiera abandonarla, irme, huir y no regresar más, me salvaría, pero no puedo.

16 de agosto

Hoy pude escaparme durante dos horas, como un preso que encuentra casualmente abierta la puerta de su calabozo. De pronto, sentí que yo estaba libre y que él se hallaba lejos. Ordené uncir los caballos rápidamente y me dirigí a Ruán. Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: «¡Vamos a Ruán!».

Hice detener la marcha frente a la biblioteca donde solicité en préstamo el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Después, cuando me disponía a subir a mi coche, quise decir: «¡A la estación!» y grité —no dije, grité— con una voz tan fuerte que llamó la atención de los transeúntes: «A casa», y caí pesadamente, loco de angustia, en el asiento. Él me había encontrado y volvía a posesionarse de mí.

17 de agosto

¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo me parece que debería alegrarme. Leí hasta la una de la madrugada. Hermann Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean alrededor del hombre o han sido soñados por él. Describe sus orígenes, sus dominios y sus poderes. Pero ninguno de ellos se parece al que me domina. Se diría que el hombre, desde que pudo pensar, presintió y temió la presencia de un ser nuevo más fuerte que él —su sucesor en el mundo— y que como no pudo prever la naturaleza de este amo, creó, en medio de su terror, todo ese mundo fantástico de seres ocultos y de fantasmas misteriosos surgidos del miedo. Después de leer hasta la una de la madrugada, me senté junto a mi ventana abierta para refrescarme la cabeza y el pensamiento con la apacible brisa de la noche.

Era una noche hermosa y tibia, que en otra ocasión me hubiera gustado mucho.

No había luna. Las estrellas brillaban en las profundidades del cielo con estremecedores destellos.



¿Quién vive en aquellos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivientes, animales o plantas, existirán allí? Los seres pensantes de esos universos, ¿serán más sabios y más poderosos que nosotros? ¿Conocerán lo que nosotros ignoramos? Tal vez cualquiera de estos días uno de ellos atravesará el espacio y llegará a la tierra para conquistarla, así como antiguamente los normandos sometían a los pueblos más débiles.

Somos tan indefensos, inermes, ignorantes y pequeños, sobre este trozo de lodo que gira disuelto en una gota de agua.

Pensando en eso, me adormecí en medio del fresco viento de la noche.

Pero después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. En un principio no vi nada, pero de pronto me pareció que una de las páginas del libro que había dejado

abierto sobre la mesa acababa de darse vuelta sola. No entraba ninguna corriente de aire por la ventana. Esperé, sorprendido. Al cabo de cuatro minutos, vi, sí, vi con mis propios ojos, que una nueva página se levantaba y caía sobre la otra, como movida por un dedo. Mi sillón estaba vacío, aparentemente estaba vacío, pero comprendí que él estaba leyendo allí, sentado en mi lugar. ¡Con un furioso salto, un salto de fiera irritada que se rebela contra el domador, atravesé la habitación para atraparlo, estrangularlo y matarlo! Pero antes de que llegara, el sillón cayó delante de mí como si él hubiera huido... la mesa osciló, la lámpara rodó por el suelo y se apagó, y la ventana se cerró como si un malhechor sorprendido hubiese escapado por la oscuridad, tomando con ambas manos los batientes.



Había escapado; había sentido miedo, ¡miedo de mí!

Entonces, mañana... pasado mañana o cualquiera de estos... podré tenerlo bajo mis puños y aplastarlo contra el suelo. ¿Acaso a veces los perros no muerden y degüellan a sus amos?

18 de agosto

He pensado durante todo el día. ¡Oh!, sí, voy a obedecerle, seguiré sus impulsos, cumpliré sus deseos, seré humilde, sumiso y cobarde. Él es más fuerte. Hasta que llegue el momento...

19 de agosto

¡Ya sé... ya sé todo! Acabo de leer lo que sigue en la Revista del Mundo Científico: «Nos llega una noticia muy curiosa de Río de Janeiro. Una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que asolaron a los pueblos europeos en la Edad Media, se ha producido en el Estado de San Pablo. Los habitantes despavoridos abandonan sus casas y huyen de los pueblos, dejan sus cultivos, creyéndose poseídos y dominados, como un rebaño humano, por seres invisibles aunque tangibles, por especies de vampiros que se alimentan de sus vidas mientras los habitantes duermen, y que además beben agua y leche sin apetecerles aparentemente ningún otro alimento.

»El profesor don Pedro Henríquez, en compañía de varios médicos eminentes, ha partido para el Estado de San Pablo, a fin de estudiar sobre el terreno el origen y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y poder aconsejar al Emperador las medidas que juzgue convenientes para apaciguar a los delirantes pobladores».

¡Ah! ¡Ahora recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó frente a mis ventanas remontando el Sena, el 8 de mayo último! Me pareció tan hermoso, blanco y alegre. Allí estaba él que venía de lejos, ¡del lugar de donde es originaria su raza! ¡Y me vio! Vio también mi blanca vivienda, y saltó del navío a la costa. ¡Oh Dios mío!

Ahora ya lo sé y lo presiento: el reinado del hombre ha terminado.

Ha venido aquél que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos. Aquél que exorcizaban los sacerdotes inquietos y que invocaban los brujos en las noches oscuras, aunque sin verlo todavía. Aquél a quien los presentimientos de los transitorios dueños del mundo adjudicaban formas monstruosas o graciosas de gnomos, espíritus, genios, hadas y duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces han sentido con mayor claridad. Mesmer lo sospechaba, y hace ya diez años que los médicos han descubierto la naturaleza de su poder de manera precisa, antes de que él mismo pudiera ejercerlo. Han jugado con el arma del nuevo Señor, con una facultad misteriosa sobre el alma humana. La han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión... ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama?... el... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... el... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado!...



¡Ah! El buitre se ha comido la paloma, el lobo ha devorado el cordero; el león ha devorado el búfalo de agudos cuernos; el hombre ha dado muerte al león con la flecha, el puñal y la pólvora, pero el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos

hecho con el caballo y el buey: lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Desgraciados de nosotros!

No obstante, a veces el animal se rebela y mata a quien lo domestica... yo también quiero... yo podría hacer lo mismo... pero primero hay que conocerlo, tocarlo y verlo. Los sabios afirman que los ojos de los animales no distinguen las mismas cosas que los nuestros... Y mis ojos no pueden distinguir al recién llegado que me oprime. ¿Por qué? ¡Oh! Recuerdo ahora las palabras del monje del monte Saint-Michel: «¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Observe, por ejemplo, el viento que es la fuerza más poderosa de la naturaleza, el viento que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles, y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y arroja contra ellos a las grandes naves; el viento, que silba, gime y ruge. ¿Acaso lo ha visto usted alguna vez? ¿Acaso puede verlo? ¡Y sin embargo existe!».

Y yo seguía pensando: mis ojos son tan débiles e imperfectos que ni siquiera distinguen los cuerpos sólidos cuando son transparentes como el vidrio... Si un espejo sin azogue obstruye mi camino chocaré contra él como el pájaro que penetra en una habitación y se rompe la cabeza contra los vidrios. Por lo demás, mil cosas nos engañan y desorientan. No puede extrañar entonces que el hombre no sepa percibir un cuerpo nuevo que atraviesa la luz.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡No podía dejar de venir! ¿Por qué nosotros íbamos a ser los últimos? Nosotros no los distinguimos pero tampoco nos distinguían los seres creados antes que nosotros. Ello se explica porque su naturaleza es más perfecta, más elaborada y mejor terminada que la nuestra, tan endeble y torpemente concebida, trabada por órganos siempre fatigados, siempre forzados como mecanismos demasiado complejos, que vive como una planta o como un animal, nutriéndose penosamente de aire, hierba y carne, máquina animal acosada por las enfermedades, las deformaciones y las putrefacciones; que respira con dificultad, imperfecta, primitiva y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, bosquejo del ser que podría convertirse en inteligente y poderoso.

Existen muchas especies en este mundo, desde la ostra al hombre. ¿Por qué no podría aparecer una más, después de cumplirse el período que separa las sucesivas apariciones de las diversas especies?

¿Por qué no puede aparecer una más? ¿Por qué no pueden surgir también nuevas especies de árboles de flores gigantescas y resplandecientes que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro, esos padres que alimentan a los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil? ¡Todo es pobre, mezquino, miserable! ¡Todo se ha dado con avaricia, se ha inventado secamente y se ha hecho con torpeza! ¡Ah! ¡Cuánta gracia hay en el elefante y el hipopótamo! ¡Qué elegante es el camello!

Se podrá decir que la mariposa es una flor que vuela. Yo sueño con una que sería

tan grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento ni siquiera puedo describir. Pero lo veo... va de estrella a estrella, refrescándolas y perfumándolas con el soplo armonioso y ligero de su vuelo... Y los pueblos que allí habitan la miran pasar, extasiados y maravillados...

.....

¿Qué es lo que tengo? Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!

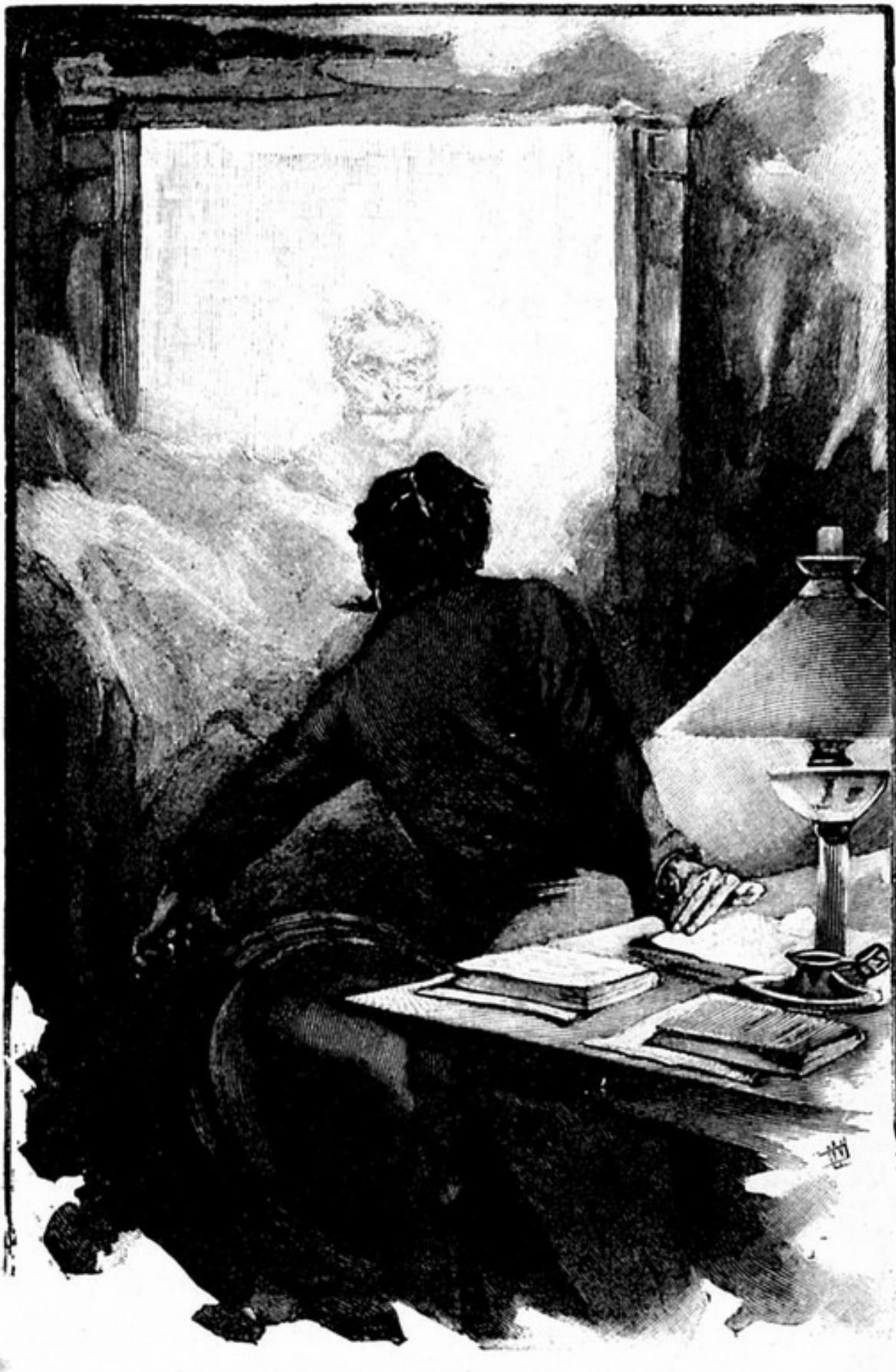
19 de agosto

Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche yo estaba sentado a la mesa y simulé escribir con gran atención. Sabía perfectamente que vendría a rondar a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo y asirlo. ¡Y entonces!... Entonces tendría la fuerza de los desesperados; dispondría de mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo y despedazarlo.

Yo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados.

Había encendido las dos lámparas y las ocho bujías de la chimenea, como si fuese posible distinguirlo con esa luz.

Frente a mí está mi cama, una vieja cama de roble, a la derecha la chimenea; a la izquierda la puerta cerrada cuidadosamente, después de dejarla abierta durante largo rato a fin de atraerlo; detrás de mí un gran armario con espejos que todos los días me servía para afeitarme y vestirme y donde acostumbraba mirarme de pies a cabeza cuando pasaba frente a él.



Como dije antes, simulaba escribir para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto, sentí, sentí, tuve la certeza de que leía por encima de mi hombro, de que estaba allí rozándome la oreja. Me levanté con las manos extendidas, girando con tal

rapidez que estuve a punto de caer. Pues bien... se veía como si fuera pleno día, ¡y sin embargo no me vi en el espejo!... ¡Estaba vacío, claro, profundo y resplandeciente de luz! ¡Mi imagen no aparecía y yo estaba frente a él! Veía aquel vidrio totalmente límpido de arriba abajo. Y lo miraba con ojos extraviados; no me atrevía a avanzar, y ya no tuve valor para hacer un movimiento más. Sentía que él estaba allí, pero que se me escaparía otra vez, con su cuerpo imperceptible que me impedía reflejarme en el espejo. ¡Cuánto miedo sentí! De pronto, mi imagen volvió a reflejarse pero como si estuviese envuelta en la bruma, como si la observase a través de una capa de agua. Me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha y que paulatinamente mi imagen adquiría mayor nitidez. Era como el final de un eclipse. Lo que la ocultaba no parecía tener contornos precisos; era una especie de transparencia opaca, que poco a poco se aclaraba.

Por último, pude distinguirme completamente como todos los días.

¡Lo había visto! Conservo el espanto que aún me hace estremecer.

20 de agosto

¿Cómo podré matarlo si está fuera de mi alcance? ¿Envenenándolo? Pero él me verá mezclar el veneno en el agua y tal vez nuestros venenos no tienen ningún efecto sobre un cuerpo imperceptible. No... no... decididamente no. Pero entonces... ¿qué haré entonces?

21 de agosto

He llamado a un cerrajero de Ruán y le he encargado persianas metálicas como las que tienen algunas residencias particulares de París, en la planta baja, para evitar los robos. Me haré además una puerta similar. Me debe haber tomado por un cobarde, pero no importa...

.....

10 de septiembre

Ruán, Hotel Continental. Ha sucedido... ha sucedido... pero ¿habrá muerto? Lo que vi me ha trastornado.

Ayer, después que el cerrajero colocó la persiana y la puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche a pesar de que comenzaba a hacer frío. De improviso, sentí que estaba aquí y me invadió la alegría, una enorme alegría. Me levanté lentamente y caminé en cualquier dirección durante algún tiempo para que no sospechase nada. Luego me quité los botines y me puse distraídamente unas pantuflas. Cerré después la persiana metálica y regresé con paso tranquilo hasta la puerta, cerrándola también con dos vueltas de llave. Regresé entonces hacia la ventana, la cerré con un candado y guardé la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que él también sentía miedo, y que me ordenaba que le abriera. Estuve a punto de ceder, pero no lo hice. Me acerqué a la puerta y la entreabrí lo suficiente como para poder pasar retrocediendo, y como soy muy alto mi cabeza llegaba hasta el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y allí lo acorralé solo, completamente solo. ¡Qué alegría! ¡Había caído en mi poder! Entonces descendí corriendo a la planta baja; tomé las dos lámparas que se hallaban en la sala situada debajo de mi habitación, y, con el aceite que contenían rocié la alfombra, los muebles, todo. Luego les prendí fuego, y me puse a salvo después de cerrar bien, con dos vueltas de llave, la puerta de entrada.

Me escondí en el fondo de mi jardín tras un macizo de laureles. ¡Qué larga me pareció la espera! Reinaba la más completa oscuridad, gran quietud y silencio; no soplaba la menor brisa, no había una sola estrella, nada más que montañas de nubes que aunque no se veían hacían sentir su gran peso sobre mi alma.



Miraba mi casa y esperaba. ¡Qué larga era la espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por sí solo o que él lo había extinguido. Hasta que vi que una de las

ventanas se hacía astillas debido a la presión del incendio, y una gran llamarada roja y amarilla, larga, flexible y acariciante, ascendió por la pared blanca hasta rebasar el techo. Una luz se reflejó en los árboles, en las ramas y en las hojas, y también un estremecimiento, ¡un estremecimiento de pánico! Los pájaros se despertaban; un perro comenzó a ladrar; parecía que iba a amanecer. De inmediato, estallaron otras ventanas, y pude ver que toda la planta baja de mi casa ya no era más que un espantoso brasero. Pero se oyó un grito en medio de la noche, un grito de mujer horrible, sobreagudo y desgarrador, al tiempo que se abrían las ventanas de dos buhardillas. ¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban!...

Despavorido, eché a correr hacia el pueblo gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!». Encontré gente que ya acudía al lugar y regresé con ellos para ver.

La casa ya sólo era una hoguera horrible y magnífica, una gigantesca hoguera que iluminaba la tierra, una hoguera donde ardían los hombres, y él también. Él, mi prisionero, el nuevo Ser, el nuevo amo, ¡el Horla!

De pronto el techo entero se derrumbó entre las paredes y un volcán de llamas ascendió hasta el cielo. Veía esa masa de fuego por todas las ventanas abiertas hacia ese enorme horno, y pensaba que él estaría allí, muerto en ese horno...

¿Muerto? ¿Será posible? ¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos?

¿Y si no hubiera muerto? Tal vez sólo el tiempo puede dominar al Ser Invisible y Temido. ¿Para qué ese cuerpo trasparente, ese cuerpo invisible, ese cuerpo de Espíritu, si también está expuesto a los males, las heridas, las enfermedades y la destrucción prematura?

¿La destrucción prematura? ¡Todo el temor de la humanidad procede de ella! Después del hombre, el Horla. Después de aquél que puede morir todos los días, a cualquier hora, en cualquier minuto, en cualquier accidente, ha llegado aquél que morirá solamente un día determinado en una hora y en un minuto determinado, al llegar al límite de su vida.

No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto... entonces tendré que suicidarme...



Apéndice

MAUPASSANT O EL REALISMO HASTA SUS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

(Nota del Traductor)

A partir de Balzac, los límites entre sueño y vigilia, entre normalidad y delirio, se tornan cada vez más difusos. Créase o no, el realismo y el naturalismo francés del siglo XIX son herederos directos, dilectos, del romanticismo.

¿Maupassant fantástico? ¡Vamos! El concepto de lo «fantástico», de neto cuño anglosajón, insiste en las dualidades: cuerpo-alma, cielo-infierno, razón-emoción, sueño-vigilia. Hoy, se va degradando de más en más. Hay que meter miedo como mera diversión, un miedo televisivo. Después, a dormir tranquilos, pues sólo se trata de «ficciones», término también de origen anglosajón.

«El Horla», ¿cuento fantástico? ¡Vamos!, otra vez... El desdoblamiento, confrontación con lo que se supone fuera de nosotros —el Hors-là—, resulta en todo caso existencial en el sentido de duda de sí, de crisis de la identidad individual en peligrosa conexión con la locura. Justamente el caso de Maupassant.

En la primera versión de «El Horla», Maupassant presenta «el caso», en tercera persona, ante una junta médica. Pero el tema lo obsesiona, sin duda. Y en la versión definitiva asume la primera persona. Va al enfrentamiento directo. El precio de esta osadía será la locura y el suicidio real. ¿Acaso la primera versión debió ser la definitiva para nuestra tranquilidad? Afortunadamente no fue así, para desgracia del autor.

Lo que caracteriza a las dos versiones de este cuento magistral es la plena lucidez, la manera realista con que Maupassant describe la propia alienación. En este sentido «El Horla» se vincula con Kafka antes que con Wells, con Beckett antes que con Lord Dunsany.

No hay que olvidar que el tiempo de Maupassant es el del progreso infinito, la ciencia, la sociedad industrial, el positivismo, el realismo... Pero también el magnetismo y el hipnotismo, el espiritismo y el sonambulismo.

¿Maupassant realista? Sí, pero hasta sus últimas consecuencias.

R. Z.

EL HORLA

(Primera versión)

El doctor Marrande, el más ilustre y eminente de los alienistas, había invitado muy especialmente a tres de sus colegas y a cuatro sabios especialistas en ciencias naturales, a visitar a la casa de salud que dirigía, para mostrarles uno de sus enfermos.

Una vez que estuvieron reunidos, el doctor Marrande les dijo: «Voy a someter a la opinión de ustedes el caso más extraño e inquietante que he visto. Por lo demás, nada tengo que decirles de mi paciente. Él mismo les hablará». El doctor hizo sonar un llamador y un enfermero introdujo un hombre muy delgado, de una flacura cadavérica, como ciertos locos devorados por un pensamiento, pues el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más aún que la fiebre o la tisis.

Después de saludar y sentarse, el hombre dijo:

Señores, sé por qué se han reunido aquí y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me ha pedido mi amigo el doctor Marrande. Durante mucho tiempo creí estar loco. Ahora lo dudo. En poco tiempo ustedes comprenderán que tengo la mente tan sana, tan lúcida y clarividente como la de ustedes, lo cual es lamentable para mí, para ustedes y para toda la humanidad.

Pero quiero comenzar por los hechos mismos, por los hechos, simplemente.

Tengo cuarenta y dos años. No soy casado y mi fortuna me basta para vivir con cierto lujo. Así, he vivido en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruán. Me gusta la caza y la pesca. Tenía detrás de mí, por encima de las grandes rocas que dominaban la casa, uno de los bosques más hermosos de Francia, el bosque de Roumare, y delante de mí uno de los ríos más bellos del mundo.

Mi residencia es amplia, pintada de blanco por afuera, hermosa, antigua y situada en medio de un gran jardín, con árboles magníficos, que asciende hasta el bosque escalando las grandes rocas a las que me refería hace un momento.

Mi personal doméstico se compone, o mejor dicho se componía de un cochero, un jardinero, mucamo, una cocinera y una costurera que era al mismo tiempo una especie de ama de llaves. Todos ellos vivían en mi casa desde hacía diez a dieciséis años, y me conocían a mí, conocían la vivienda, el lugar y todo lo relacionado con mi vida. Eran servidores buenos y tranquilos. Ello es importante para lo que voy a decir.

Agregaré que el Sena, que costea mi jardín, es navegable hasta Ruán, como ustedes deben saber, y todos los días veía pasar grandes barcos, a vela o a vapor, procedentes de todos los países del mundo.

Pero hace un año, el último otoño, comencé a sufrir, súbitamente, extraños e inexplicables malestares. Primero fue una especie de inquietud nerviosa que me mantenía despierto durante noches enteras, una sobreexcitación tal que el más pequeño ruido me estremecía. Mi humor se tornó agrio. Tenía cóleras súbitas inexplicables. Llamé a un médico que me recetó bromuro de potasio y duchas.

Por consiguiente, me hice duchar y comencé a tomar bromuro. Pronto, en efecto, volví a dormir, pero con un sueño peor que el insomnio. En cuanto me acostaba, cerraba los ojos y me anonadaba. Sí, caía en la nada, en una nada absoluta, en una muerte de todo el ser de la cual salía brusca y horriblemente con la espantosa sensación de tener un peso que me aplastaba el pecho y una boca que me devoraba la vida por la boca. ¡Oh! no conozco nada más aterrador que esas pesadillas.

Imagínense ustedes un hombre apuñalado mientras duerme, que se despierta con un cuchillo en el cuello, que jadea cubierto de sangre, que ya no puede respirar y que va a morir sin comprender.

Adelgacé de manera inquietante y continua y de pronto comprobé que mi cochero, que era muy gordo, comenzaba a adelgazar como yo.

Le pregunté:

«¿Qué tiene Jean? Usted está enfermo».

Respondió:

«Creo que he contraído la misma enfermedad que el señor. Mis noches pierden mis días».

Pensé entonces que había en la casa una influencia febril provocada por la proximidad del río y me disponía a irme de allí por dos o tres meses, a pesar de que estábamos en plena temporada de caza, cuando un hecho pequeño y extraño, observado por casualidad, suscitó en mí una serie tan grande de descubrimientos inverosímiles, fantásticos y aterradores, que decidí quedarme en casa.

Una noche que tenía sed bebí medio vaso de agua y observé que el botellón de cristal que estaba sobre la cómoda frente a mi cama, estaba lleno hasta el tapón de cristal.

Esa noche tuve uno de los sueños horribles de los que acabo de hablarles. Encendí la vela, presa de una espantosa angustia, y cuando quise beber otra vez, observé con estupor que el botellón estaba vacío. No podía creer lo que veía. Habían entrado en mi habitación o yo era sonámbulo.

La noche siguiente quise hacer la misma prueba. Cerré la puerta con llave para estar seguro de que nadie podía penetrar en la habitación. Me dormí y me desperté como todas las noches. Se habían bebido el agua que había visto dos horas antes.

¿Quién la había bebido? Yo, sin duda, y, sin embargo, estaba seguro, totalmente seguro de no haber hecho un solo movimiento durante mi sueño profundo y doloroso.

Entonces recurrí a astucias para convencerme de que yo no hacía esos actos inconscientes.

Una noche puse, al lado del botellón, una botella de vino añejo de Burdeos, una taza de leche —que aborrezco— y tortas de chocolate, que me gustan mucho.

El vino y las tortas quedaron intactos, pero la leche y el agua desaparecieron. Entonces cambié todos los días las bebidas y los alimentos. Jamás tocaron las cosas sólidas, compactas y, en cuanto a los líquidos, sólo bebieron leche y sobre todo agua.

Pero me quedaba en el alma la duda punzante. ¿Acaso yo que me levantaba sin tener conciencia de ello y bebía incluso lo que detestaba porque mis sentidos adormecidos por el sueño sonambúlico se modificaban, perdían sus repugnancias habituales y adquirirían gustos diferentes?

Introduje entonces una nueva astucia contra mí mismo. Envolví todos los objetos que infaliblemente había que tocar, con bandas de muselina blanca y los cubría además con una servilleta de batista.

Luego, al acostarme, me tizné las manos, los labios y los bigotes con una mina de grafito.

Al despertarme, todos los objetos estaban immaculados, pese a que se los había tocado pues la servilleta no estaba puesta como yo la puse. Además, habían bebido el agua y la leche. Era imposible que hubiera entrado alguien porque la puerta estaba cerrada con una llave de seguridad y los postigos encadenados. Entonces, me formulé esta temible pregunta: «¿Quién está todas las noches junto a mí?».

Comprendo señor que estoy contando las cosas con excesiva rapidez. Ustedes sonríen, ya tienen opinión formada: «Es un loco». Tendría que haberles descrito más extensamente la emoción de un hombre, encerrado en su casa, con la mente sana, que observa, a través del vidrio del botellón, que ha desaparecido un poco de agua mientras dormía. Tendría que haberles hecho comprender esa tortura renovada cada noche y cada mañana, el sueño invencible y el despertar más espantoso aún.

Pero prosigo.

De pronto, el milagro cesó. Ya nadie tocó nada en mi habitación. Se terminó. Por otra parte, yo estaba mejor. Recobré la alegría al enterarme de que mi vecino, el señor Legite, se hallaba exactamente en el mismo estado que yo había padecido. Creí otra vez que existía alguna influencia nerviosa en el lugar. Hacía un mes que el cochero se había ido muy enfermo.

Había terminado el invierno y comenzaba la primavera. Pero una mañana, mientras paseaba cerca del cantero de mis rosales, vi, vi claramente muy cerca de mí, que el tallo de una de las rosas más bellas se quebraba como si lo cortase una mano invisible. Luego la flor siguió la curva que hubiera seguido un brazo que la llevara hasta mi boca, y permaneció suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, aterradora, a tres pasos de mis ojos.

Dominado por una espantosa excitación, me abalancé sobre ella para tomarla. No encontré nada. Había desaparecido. Entonces sentí una furiosa cólera contra mí

mismo. ¡Un hombre razonable y serio no puede permitirse semejantes alucinaciones!

Pero, ¿era una alucinación? Busqué el tallo y lo encontré de inmediato, recién cortado, en el arbusto, entre dos rosas que permanecían en sus tallos; yo había visto perfectamente que eran tres.

Entonces volví a entrar en casa con el ánimo trastornado. Señores, escúchenme, yo soy tranquilo; no creía en lo sobrenatural ni creo siquiera ahora, pero a partir de ese momento, estuve seguro, tan seguro como del día y la noche, de que existía cerca de mí un ser invisible que me había hechizado, que se había alejado y que ahora volvía.

Poco después tuve la prueba de ello.

Todos los días estallaban furiosas disputas entre mis servidores y por mil causas, fútiles en apariencia, pero llenas de sentido para mí.

Un vaso, un hermoso vaso de Venecia se rompió solo sobre el aparador del comedor, en pleno día.

El mucamo acusó a la cocinera que a su vez acusó a la costurera, que a su vez acusó a no sé quién.

Las puertas, cerradas por la noche, estaban abiertas por la mañana. Robaban leche de la alacena todas las noches. —¡Ah!

¿Quién era él? ¿De qué naturaleza era? Una curiosidad nerviosa, mezclada de cólera y espanto, me ponía, día y noche, en un estado de extrema agitación.

Pero la casa recobró la calma una vez más y otra vez creí que se trataba de sueños hasta que sucedió lo siguiente:

Eran las nueve de la noche del 20 de julio. Hacía mucho calor. Dejé la ventana totalmente abierta, la lámpara encendida sobre la mesa iluminaba un volumen de Musset abierto en la *Noche de mayo*. Me tiré en un sillón grande y me dormí.

Pero después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin moverme, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Al principio no vi nada, luego, de pronto me pareció que una página del libro acababa de dar vuelta sola. No entraba el menor soplo de aire por la ventana. Quedé sorprendido y esperé. Al cabo de cuatro minutos más o menos, vi, sí, vi señores con mis ojos, otra página que se levantaba y caía sobre la precedente como si un dedo hojeara el libro. Mi sillón estaba vacío pero comprendí que él estaba allí, ¡él! Atravesé la habitación de un salto para agarrarlo, para tocarlo, si era posible. Pero antes de que llegara al sillón éste cayó al suelo como si hubieran huido ante mi presencia. La lámpara también cayó, el vaso se rompió y la ventana chocó contra el marco como si hubiese sido empujada por un malhechor que huye... ¡Ah!

Corrí hacia la campanilla y llamé. Cuando vino mi mucamo le dije:

«Yo mismo tiré y rompí todo. Deme luz».

Ya no dormí aquella noche. Y, sin embargo, podía aún haber sido víctima de una ilusión. Al levantarme, los sentidos seguían alterados. ¿No habría tirado yo el sillón y la luz al precipitarme como un loco?

No, yo no fui. Estaba seguro, no podía dudar un segundo. Y, sin embargo, quería creerlo.

Esperen. ¿Cómo llamaré al Ser? El Invisible. No, no basta. Lo bauticé el Horla. ¿Porqué? No sé. Por lo tanto, el Horla prácticamente no me abandonaba. Día y noche tenía la sensación, la certidumbre de la presencia de ese vecino invisible y también la certeza de que se apoderaba de mi vida, hora a hora, minuto a minuto.

La imposibilidad de verlo me exasperaba, y encendía todas las luces de mi habitación pensando que tal vez así sería posible descubrirlo.

Finalmente lo vi.

Ustedes no me creerán, pero yo lo vi.

Me hallaba sentado con un libro cualquiera, sin leer nada pues estaba acechando, con todos mis órganos sobreexcitados, a quien yo sentía cerca de mí. Evidentemente estaba allí. Pero, ¿dónde? ¿Qué hacía? ¿Cómo podía verlo?

Frente a mí, mi cama, una vieja cama de roble de columnas. A la derecha, la chimenea. A la izquierda, la puerta que había cerrado cuidadosamente. Detrás de mí un gran armario con un espejo que me servía para afeitarme todos los días o para vestirme, y en el cual tenía la costumbre de mirarme de pies a cabeza cuando pasaba delante de él.

Por lo tanto, simulaba leer para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto sentí, tuve la seguridad de que él leía por encima de mi hombro, de que estaba allí rozándome la oreja. Me incorporé y giré hacia atrás tan rápidamente que estuve a punto de caer... Se veía como en pleno día... ¡pero no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Pero mi imagen no estaba... y yo estaba delante... ¡Veía el gran cristal, limpio de arriba a abajo! Y lo miré con mirada enloquecida sin atreverme a avanzar, porque comprendí que él estaba entre el espejo y yo, que se me escaparía otra vez, pero que su cuerpo imperceptible absorbía mi reflejo.

¡Qué miedo tuve! De pronto comencé a verme en medio de una bruma en el fondo del espejo, como a través de una capa de agua, y me pareció que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha, y mi imagen se hacía más nítida a cada instante. Era como el final de un eclipse. Lo que me ocultaba parecía no tener contornos netos, sino una especie de transparencia opaca que se iluminaba paulatinamente.

Por último, pude verme totalmente como todos los días.

¡Lo había visto! Me ha quedado el espanto que aún me hace estremecer.

El día siguiente vine aquí y pedí que me asistieran.

Ahora señores, voy a terminar.

El doctor Marrande, después de pensarlo durante largo tiempo, decidió hacer un viaje solo por la región donde he vivido.

Ahora tres de mis vecinos sufren del mismo mal que yo. ¿Es cierto?

El médico respondió: «¡Es verdad!».

Usted doctor les recomendó que dejaran agua y leche todas las noches en sus

habitaciones para ver si esos líquidos desaparecían. Así lo hicieron. ¿Desaparecieron los líquidos como en mi casa?

El médico respondió con solemne gravedad: «Desaparecieron».

Por lo tanto, señores, un Ser, un nuevo Ser, que indudablemente pronto se multiplicará como nosotros, acaba de aparecer en la Tierra.

¡Ah!, ¡ustedes se sonríen! ¿Por qué? Porque ese Ser permanece invisible. Pero señores, nuestro ojo es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir lo indispensable para nuestra existencia. No percibe lo demasiado pequeño, ni lo demasiado grande ni lo demasiado lejano. Ignora los billones de pequeños seres que viven en una gota de agua. Ignora los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas. Ni siquiera ve lo transparente.

Colóquese delante del ojo un cristal sin imperfecciones. No lo distinguirá y chocaremos contra el cristal como un pájaro dentro de una casa que se rompe la cabeza contra los vidrios. Por lo tanto, el ojo no ve los cuerpos sólidos y transparentes que, no obstante, existen. No ve el aire que respiramos, no ve el viento, la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba hombres, abate edificios, arranca árboles de raíz, levanta en el mar montañas de agua que derrumban los acantilados de granito.

Cómo puede sorprender entonces que el ojo no vea un cuerpo nuevo al cual sólo le falta la propiedad de detener los rayos luminosos.

¿Acaso ven ustedes la electricidad? ¡Y, sin embargo, existe!

El ser a quien he llamado el Horla, también existe.

¿Quién es, señores? ¡Es el ser que la Tierra espera después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos y tal vez a alimentarse de nosotros, como nosotros de vacunos y jabalíes.

Se lo presiente desde hace siglos, se lo teme y se lo anuncia. El miedo de lo Invisible ha obsesionado a nuestros padres.

Ha llegado.

Todos los cuentos de hadas, gnomos, ladrones del aire inasibles y malhechores hablan de él, de él que ha sido presentido por el hombre inquieto y tembloroso ya.

Y en todo lo que ustedes mismos hacen, señores, desde hace algunos años, lo que se llama hipnotismo, sugestión, magnetismo, ustedes lo están anunciando a él, lo están profetizando a él.

Yo les digo que ha llegado. Aún ronda inquieto, como los primeros hombres, ignorando su fuerza y su poder que pronto conocerá, demasiado pronto.

Y, para terminar, señores, aquí tienen un recorte de periódico que ha caído en mis manos y que procede de Río de Janeiro. Leo: «Una especie de epidemia de locura parece asolar desde hace algún tiempo el Estado de San Pablo. Los habitantes de varios pueblos han huido abandonando sus tierras y sus casas, y afirman haber sido perseguidos y mordidos por vampiros invisibles que se alimentan de su aliento mientras duermen y que sólo beberían agua y a veces leche».

Y, por mi parte, agregaré: «Algunos días antes de la primera crisis del mal del

cual estuve a punto de morir, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran navío brasileño de tres mástiles con su bandera desplegada... Ya les dije que mi casa está a orillas del río... Toda blanca. *Él* se ocultaba, sin duda, en ese barco...».

No tengo nada más que agregar, señores.

El doctor Marrande se levantó y murmuró:

«Yo tampoco sé si este hombre está loco, si lo estamos los dos... o si nuestro sucesor ha llegado realmente».

NOTA DE LA EDITORIAL

Desde su publicación original en 1887, el término «Horla» creado por Maupassant no dejó de motivar interrogantes por su origen. Entre las interpretaciones que ha suscitado el nombre que Maupassant dio al «innombrable», mencionaremos las siguientes:

—«Orla»: genitivo y acusativo de la palabra rusa «oriol», que significa «águila». Admiradores rusos de Maupassant, residentes en la Costa Azul, se habrían dirigido a él, murmurando, «Orla... Orla...», lo que habría impresionado al escritor.

—Horla sería el «horsain», el extranjero de los dialectos de Normandía.

—Horla como inversión de «Lahor», seudónimo literario del doctor Cazalis, médico amigo de Maupassant.

—«Horloribo», personaje de una pantomima de éxito en la época de la Restauración.

—Horla como anagrama de «choléra» (ce Horla).

—Horla de «Hors-là», es decir, lo que excede nuestra percepción; aparentemente la interpretación más verosímil sino la más seductora, tal como lo destaca el traductor Ricardo Zelarayán.



HENRY RENÉ ALBERT GUY DE MAUPASSANT (Dieppe, 5 de agosto de 1850 - París, 6 de julio de 1893). Fue un escritor francés, autor principalmente de cuentos, aunque escribió seis novelas.

El escritor viajó a París tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870 y trabajó como funcionario en varios ministerios, hasta que publicó en 1880 su primera gran obra, *Bola de sebo*. Esta publicación permite a Maupassant adquirir una cierta notoriedad en el mundo literario. Será finalmente autor de multitud de cuentos y relatos (más de 300). Son especialmente destacables sus cuentos de terror, género en el que es reconocido como maestro, a la altura de Edgar Allan Poe.

Publicó asimismo seis novelas: *Una vida* (1883), la aclamada *Bel-Ami* (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pierre y Jean* (1888), *Fuerte como la muerte* (1889) y *Nuestro corazón* (1890).

Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico hereditarios (reflejados en varios de sus cuentos como el cuento «*Quién sabe*», escrito ya en sus últimos años de vida) y a consecuencia de la sífilis, intenta suicidarse el 1 de enero de 1892. Luego de cuatro intentos suicidas en los que utilizaba navajas de afeitar para degollarse lo internan en la clínica parisina del Doctor Blanche, donde muere un año más tarde. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse, en París.